

AGENDA CIUDADANA

MEXICO-CUBA, UN TERRENO MINADO MORALMENTE

Lorenzo Meyer

Blanco de Oportunidad.- El gobierno de Cuba es hoy un blanco de oportunidad para quienes desean anotarse puntos relativamente seguros en materia de derechos humanos y de cercanía con Estados Unidos. Sin embargo, desde el punto de vista del sentido histórico y del interés nacional, mexicanos, quizá el cubano no era el blanco más apropiado. Y, por lo visto y oído el 22 de abril –las acusaciones sin precedente del presidente cubano contra el mexicano, sostenidas por el contenido de una grabación telefónica entre ambos del 19 de marzo— el costo para el Ejecutivo mexicano, resultó más alto de lo que hubiera imaginado.

Si el presidente Vicente Fox hubiera escuchado la voz de la prudencia, de seguro hubiera evitado colocar el tema de Cuba en el centro de su agenda internacional. De haber sido ese el caso, cuando los gobiernos del mundo decidieron volver a juzgar el historial del gobierno cubano en el seno de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra (resolución L.30), México hubiera podido emular a Brasil --el país latinoamericano con la diplomacia más prudente y exitosa del subcontinente— y se hubiera abstenido. La resolución de Ginebra había sido presentada por Uruguay, pero realmente todos sabían que su manufactura era de origen viejo y de inspiración norteamericana. Y ese era un punto que ninguno de los actores involucrados podía dejar de considerar, y mucho menos México.

Desde una perspectiva relativamente objetiva, es claro que el historial del régimen de la Revolución Cubana tiene contradicciones fuertes. Por un lado, es brillante en lo referente a la salud, la educación y la eliminación de la pobreza extrema –en esos rubros incluso el Banco Mundial le reconoce un resultado mejor que el de México— y también en la consistencia de su nacionalismo, pero por lo que se refiere al desarrollo económico y al respeto a los derechos civiles y políticos, es opaco en lo primero y de plano obscuro en lo segundo. El presidente Fox, prudente en extremo cuando se trata de asuntos internos, decidió ser radical y contundente en el “caso Cuba” para marcar una de las grandes diferencias – ruptura-- entre el antiguo régimen priísta, y el nuevo, el suyo. De ahí que esta vez desoyera la petición de La Habana o de los partidos de oposición –PRI y PRD-- y ordenara a su representante en Ginebra que votara en favor de la propuesta uruguayana que, de manera suave pero inequívoca, condenaba el récord cubano en materia de derechos humanos y libertades políticas y pedía que se nombrara un relator para que ahondara en la materia. Esa condena contra el gobierno cubano no fue acompañada de otra equivalente, sino de apenas una muy tibia e indirecta, contra el añejo boicot económico que la más grande potencia del mundo, Estados Unidos, mantiene contra una isla de apenas 111 mil kilómetros cuadrados y poco más de 11 millones de habitantes. Y no deja de ser significativo que China, otro país al que se puede acusar de los mismos y mucho peores pecados que a Cuba, no sea objeto de un trato similar. Hay ahí un claro doble estándar que no se quiere reconocer.

En cualquier caso, nadie en su sano juicio puede negar que en Cuba se ha desarrollado una variante del “socialismo real”, es decir, del antidemocrático,

aunque no sea por otra cosa que por el simple pero contundente hecho que desde 1959 el proceso político lo controla la misma persona. Sin embargo, tampoco se puede negar que desde el siglo XIX, y a costa de un enorme esfuerzo, la sociedad cubana ha logrado ser símbolo de aquello que México solía valorar y que hoy desconoce: la resistencia al imperialismo: al español, antes, y al norteamericano, hoy.

Simbolismo.- Desde el fin de la II Guerra Mundial y en términos generales, la política exterior, especialmente aquella que se refiere a temas distintos de las relaciones bilaterales con Estados Unidos, no ha estado entre las preocupaciones del grueso de los mexicanos. En contraste, esa política ha resultado muy importante para la clase gobernante, incluso cuando ha sido básicamente simbólica. Y los ejemplos abundan: las relaciones con los soviéticos durante los gobiernos de Obregón y Calles; con la Liga de las Naciones, la España republicana, Checoslovaquia o Etiopía durante el cardenismo; con la Cuba revolucionaria, la Organización de Estados Americanos (OEA), o los países “No Alineados” bajo López Mateos; con el Chile allendista, con el amplio “Tercer Mundo” o contra el franquismo en la época de Echeverría; de nuevo con Cuba, con la Nicaragua sandinista o con los revolucionarios salvadoreños, bajo López Portillo; con Centroamérica durante la presidencia de De la Madrid. En todos los casos mencionados y otros, no se trató de temas o relaciones basadas en intereses contantes y sonantes –comercio e inversiones--, sino de situaciones donde los líderes mexicanos podían resaltar el valor de los “principios”. Y es por esas mismas razones simbólicas, que el presidente Fox decidió hacer de la

revisión a fondo de la política hacia el gobierno socialista cubano, uno de los puntos de quiebre con la política exterior del ayer priísta y “revolucionario”.

La reunión de Vicente Fox con disidentes cubanos durante su visita a La Habana y el voto en Ginebra, son presentados hoy como parte del inicio del México democrático y libertario del cierre del período autoritario. El viejo régimen necesitaba de una buena relación con la Revolución Cubana para darle respiración artificial a su pasado revolucionario y popular, y para evitar que La Habana apoyara a la izquierda radical mexicana. En contraste, Fox no se identifica con ningún pasado revolucionario ni Cuba está en condiciones de apoyar a la débil guerrilla mexicana. Sin embargo, el camino emprendido por el gobierno foxista tiene algunos problemas, y no porque la oposición del PRI o PRD o el discurso antifoxista cubano puedan calar hondo en la opinión pública mexicana, sino porque la relación de México con Cuba no puede decidirse en función de sus propios méritos, sino que hoy implica la relación con un tercero muy problemático: con Estados Unidos.

El ser “Compañero de Viaje” de un defensor Dudoso de la Democracia y los Derechos Humanos.- Es posible que por la naturaleza de su carrera y de su visión del mundo, el presidente Fox no haya tenido inclinación por adentrarse en la historia de México y del mundo contemporáneos. Pese a ello, no le debería resultar muy difícil comprender que emplearse a fondo contra el gobierno cubano actual implica menos el colocarse como defensor de la democracia y los derechos humanos y más, mucho más, situarse objetivamente al lado de Estados Unidos y de una política que no tiene empacho en ahogar la independencia relativa de países como el nuestro cuando así lo considera conveniente.

Estados Unidos –como toda gran potencia-- nunca ha mostrado un interés consistente en la defensa desinteresada de la democracia latinoamericana o de los derechos humanos, y no puede tirar la primera piedra. Sin embargo, el historial norteamericano en estas materias no es, de ninguna manera, despreciable. Es de alabar el gran esfuerzo de Estados Unidos en la derrota del Eje en 1945 o su denuncia y confrontación de la brutalidad del estalinismo. Pero no pueden ser explicados como meros accidentes o desviaciones de la regla, los casos de colaboración de Washington con las dictaduras de derecha ni sus acciones directas contra los derechos elementales de los individuos en sociedades y países periféricos como el nuestro. Tomemos a guisa de ejemplo Vietnam y únicamente uno de los muchísimos capítulos que ahí se abrieron en este campo: en 1968 un oficial norteamericano, el teniente William Calley, ordenó a su compañía asesinar al menos a 102 hombre, mujeres y niños vietnamitas desarmados en el pueblo de My Lai. Ese caso llegó a la prensa, pero muchos otros no. Calley fue juzgado y condenado en 1971 a cadena perpetua por su crimen, pero cuatro años después fue puesto en libertad, y esa enorme violación a los derechos humanos quedó impune.

Y pese a que hoy ya no hay comunismo que temer ni anticomunismos que sostener, el compromiso norteamericano con la democracia sigue siendo poco firme. Y la prueba está en lo acaba de suceder en Venezuela. Justamente cuando se discutía el caso cubano en Ginebra, la Casa Blanca no tuvo ninguna objeción al golpe militar del 11 de abril que privó momentáneamente del poder al presidente Hugo Chávez. Incluso hoy se investiga la presencia de un teniente coronel norteamericano en esa fecha en la Comandancia del Ejército Venezolano

y si su papel era el de asesor de los golpistas (El País, 22 de abril). Es obvio que el “presidencialismo bolivariano” de Chávez –un populismo irresponsable-- no es lo mejor que pudo pasarle a una Venezuela petrolera saqueada y traicionada por los corruptos políticos tradicionales, pero guste o no, el teniente coronel que hoy reside en Miraflores había sido electo siguiendo las reglas democráticas que se le exigen a Cuba hoy y que los países miembros de la OEA –institución a la que pertenecen tanto Estados Unidos como Venezuela y México— están formal y moralmente comprometidos a sostener en todos los casos, independientemente de que se trate o no de gobiernos populistas y con amistad con Cuba como el de Chávez.

La No Intervención.- La ilimitada hipocresía de la clase política priísta – aunada a la desorientación que afecta a la izquierda desde que fracasó el “socialismo real” y triunfó la globalización-- ha llevado a que la oposición en el Congreso se llame a escándalo e insista que la política exterior foxista esta violando el principio de no intervención y la constitución misma. El Gobierno, en vez de hacer una lista que podría resultar enciclopédica de las veces que los gobiernos del PRI violaron la constitución en materia interna y externa, optó por algo muy simple: México y Cuba aceptaron, soberanamente, ser miembros de la ONU, y lo ocurrido en Ginebra siguió las reglas preestablecidas, y no hay ningún elemento de intervención en el voto de México. Por tanto, no vale la pena seguir por ese camino sino ir directamente a la esencia del problema: al inicio del siglo XX México adoptó como núcleo de su política exterior el principio de no intervención para hacer políticamente más costosa la inevitable intervención norteamericana en los asuntos internos mexicanos en los períodos de

inestabilidad. El presidente Venustiano Carranza empleó a fondo ese principio, igual que Obregón, Calles y Cárdenas, pero en la postrevolución, la no intervención ya no sirvió para defender la soberanía, sino para desalentar el juicio externo sobre la naturaleza corrupta y antidemocrática del priísmo; la contrapartida fue la neutralidad mexicana ante las brutalidades de las dictaduras latinoamericanas del pasado reciente.

La Mojoneas Posibles.- Es claro que el presidente Fox se ha tardado mucho en empezar a poner las grandes mojoneas que deslinden a su gobierno y al régimen que inauguró en el año 2000, del viejo sistema priísta. Pero ni siquiera los más connotados foxistas o los más acérrimos críticos del régimen socialista cubano, podrían negar que hoy en México existen, literalmente, docenas de asuntos más cercanos y, sobre todo, más relevantes para el ciudadano común, que el de juzgar a Cuba y gastar en eso una energía que se puede invertir de manera mucho más productiva y digna para rehacer la agenda nacional y marcar la ruptura con la *Pax Priísta*. Así, por ejemplo, se puede hacer ese deslinde juzgando las violaciones de los derechos humanos en México en el pasado –el 68, el 71 y un largo etcétera-- o incluso en el presente, con la detención y esclarecimiento de los centenares de asesinatos de mujeres en Ciudad Juárez, que es ya un escándalo mundial. Se puede someter a juicio a los grandes corruptos de ayer y hoy. Se puede reformar al Estado, llevar en serio la guerra al campo del crimen organizado, enfrentar al SNTE y reformar a fondo el sistema educativo, etcétera. Y en el campo externo se puede volcar la energía del foxismo para hacer lo que no hizo el PRI, defender los derechos de los mexicanos pobres

que tienen que probar suerte en Estados Unidos sin el amparo de un acuerdo migratorio.

En suma, para el foxismo hay campos de batalla más serios y dignos que el de la lucha contra el régimen cubano, un terreno que Estados Unidos volvió moralmente pantanoso y donde insiste en seguir peleando una Guerra Fría que ya dio por concluida en el resto del planeta.